

Políptico: Prologo inédito

“Quien describe está inevitablemente en lo que describe”, esta premisa epistemológica tan obvia como soslayada me fue revelada por un maestro cuando ya había terminado de cursar mi carrera en la Facultad de Ciencias Naturales. Toda mi producción con seguridad confirma esa regla, incluyendo mis escasos escritos. Pero en relación al texto cuya última licencia es este prólogo he partido deliberadamente de una recreación de episodios y temas marcadores de mi vida con la idea de derivar ficción. Alguien cercano luego de leer el manuscrito imaginó un ritual de fuerte exposición personal; tuve entonces la necesidad de aclarar lo que de otro modo podría continuar con un malentendido: pienso que “desde si” no equivale necesariamente a “sobre si”. Ese ineludible “estar” en lo descrito no es un absoluto, por lo tanto no agota lo real. Ningún enunciado o descripción puede lograr semejante cosa.

El arte, si es que llegamos a ese rango de expresión, nos da la oportunidad de hacer algo diferente que mero solipsismo con nuestro repertorio memorístico, con nuestras convicciones e intimidades silenciadas; pero también con nuestros olvidos, malentendidos e indiscreciones.

Un gran crítico de la calidad del pensamiento humano, sostenía -con razón- que erradas creencias acerca de uno mismo suelen producir estragos.

Viene a mi memoria un ejemplo extremo y patético: Ed Harris en su film “Pollock” interpreta el deseo desaforado del pintor americano Jackson Pollock por conquistar el mundo con su arte y huir así de su infierno interior. Semejante pulsión proviene y deriva de una angustia que sólo mitiga con su adicción a la sustancia etílica y pictórica (esta última cada vez más informe); ese estado lo define claramente en un pasaje de la

película cuando dice sentirse *como una almeja sin valva*. En su ostracismo, aquel hombre invertebrado acudía al engaño del alcohol. Luego la búsqueda pictórica reemplazaba la bebida por su frenesí productivo, pero al fin de cuentas volvía a tomar celebrándose a sí mismo. Ningún reconocimiento sería suficiente ante el mandato nihilista de “ser el mejor”; de modo que terminaba lacerado por la exposición de su fracaso (“la almeja sin valva”). Tal era su cruel paradoja: el hombre clamaba secretamente por un éxito que al fin de cuentas lo despojaría de ese tesoro incapaz de reconocer por su cuenta. Sólo quedaba su cuerpo sin estructura ni protección, él que decía ser la naturaleza y su propia obra a la vez: “...yo no represento a la naturaleza ¡Yo soy la naturaleza!” contestó furioso a su mujer, quien en cierta oportunidad lo increpa exclamando *que y como* debería pintar en sintonía con las vanguardias europeas.

Su desasosiego evoca de modo expresionista extremo mis vaivenes afortunadamente menos convulsivos. Me sentí intervenido por ese inconciente y benigno verdugo del arte moderno en su carrera desaforada tras la novedad, ese shamán quimérico y sufriente también iconoclasta de sí mismo. Así, supongo que Jackson Pollock sin proponérselo da una clave para interpretar la ambigüedad del desafuero en la creación, y presumo que su hastío y ruptura contra toda academia interviene en la clausura de la profusa secuencia de “ismos” del llamado “arte moderno”.

Pero la cita de ese film dispara ahora otra manera de ver este escrito al introducir – tal vez por la cuestión de lo expuesto y lo oculto - la metáfora de tridimensionales almejas: *Políptico* pudo haber surgido de mi ostracismo literario en tanto irregular lector y postergado escritor, y creo que lo hizo como una rara perla. Rara por provenir de una operación inversa a la que emplea la naturaleza en ciertos moluscos bivalvos defendiéndose de un cuerpo extraño; así se originó en el atesoramiento de un relato

entrañable. Luego capa a capa crecería como una narración imperfecta en ese cometido de atesorar, pues muchas de esas capas no resultaron ni nacaradas ni concéntricas, así se desarrolló como una entidad múltiple, algo caótica en relación a ciertos enarbolados estándares estéticos, pero vital y necesaria. Curiosamente escribiendo encontré que en esa perla deforme reside el rasgo liminar de todo barroco: la belleza de la imperfección. Soy de los que cree que el arte logra su cometido cuando no muestra la verdad sino su enigmático reflejo. Ese cuerpo o núcleo original pasó a ocupar un capítulo: el recuerdo del día en que mi abuelo me llevó por primera vez a pescar. Lo que rodea ese capítulo de mi historia no cuenta mi historia. Hay otros núcleos (no todos deseados) supuestamente reales...vale la pena volver a sugerir que la llamada *realidad* probablemente no sea más que la primera ficción de *eso real* que resulta inaprensible. Ese niño pescador, luego naturalista; el joven que sobrevive ametrallado en sus sueños y en sus afectos (como tantos argentinos de su generación). Ese hombre es (desde el comienzo de la narración) un ser autoimpulsado a bucear en su pasado; concentrado en los recuerdos de la infancia, de la adolescencia y de su despertar a la vida adulta; esperanzado en hallar alguna clave que le permita salir de su repetición y su dolor. Entre tanto, tal vez como furtiva evitación de aquello a lo que está lanzado, ensayará algunos intentos de pensamiento formal sobre temas que lo desvelan: la creación, la imagen de la vida, la evolución, la imagen de la muerte, y claro los mentores: sus queridos argonautas del saber. Todo, sin embargo, lo devuelve al canal del drama que entra en aceleración al aproximarse a un reprimido crucial episodio que toca su vida para siempre. Como yo, el protagonista de la novela es pintor. Muchos habitantes de esta prosa han estado y están presentes en mi vida, otros jamás han existido. Quisiera entonces volver sobre ese punto anterior a la digresión pollockiana; a diferencia del protagonista de la novela no intento hacer de la escritura un sendero de

autoconocimiento o un peregrinaje en busca de alivio al aguijón de la angustia, y no por carecer de ella. Semejanzas y diferencias son naturales cuando uno trabaja con su experiencia de vida como modelo a distorsionar estéticamente.

Imagine Ud. a un pintor frente al espejo empleando las formas del propio rostro (a falta de otro) con el propósito de componer lo impensado y así derivar del encaje inicial *otro* u *otra cosa*: su obra. ¿Quiénes son nuestros semejantes sino esos otros más cercanos que llamamos prójimo frente a esa *otra otredad* del extraño que llegamos a negar?

Ciertamente no se me escapa que antes está uno con su propia aceptación y rechazo de sí albergando a su propio prójimo y aislando a su propio extraño. Esa exacerbación del ego no es original y queda expresada repetidamente como agente de la desdicha.

A menudo (no sólo en el arte sino en la ciencia y en otros variados contextos) la *auto-referencialidad* suele actuar como mecanismo vertebrador del texto, pero eso no lo convierte en autobiográfico, ni aun con sus pasajes pretendidamente autobiográficos.

No sé si esta novela merecerá un lugar en la literatura o en el cesto de basura, eso es potestad de cada lector. Más allá de la calificación naturalmente proscripta para mí, siento que este texto podría resultar de una lucha interior que confronta *romanticismo* y *racionalismo*, una de las tantas divisiones ideológicas que hacen al estilo occidental.

Procuré recrear esta ilusión como antítesis de un rompecabezas que es la forma de composición que llamo "*políptico*" y tuve una excusa para acercar el pensamiento a la poesía en la escritura y con todo intentar algo estéticamente aceptable.

Llegar a este punto no hubiese sido posible sin los seres que con su amor hicieron y hacen más vivible mi vida. A ellos les agradezco sin listas la confianza y la generosidad de acompañar mi fluctuante y no siempre amable quehacer.

Marcelo Rizzo, mayo de 2017